

La «Escuela de Astorga» era para muchos el nombre con el que Gerardo Diego bautizó los avatares literarios de los jóvenes Gullón, Juan Panero, Alonso Luengo y Leopoldo Panero. El congreso que se celebra en Astorga profundiza en estos personajes.

«Escuela de Astorga», más que un nombre

FULGENCIO FERNANDEZ

Gerardo Diego la creó y Astorga la consolidó. En la capital maragata se está escribiendo un nuevo capítulo de una historia que protagonizaron Gullón, los hermanos Panero y Alonso Luengo y de la que se hizo eco y bautizó el poeta Gerardo Diego en las páginas de ABC en 1948, revivió la Casa de León en 1983 y ahora completa con un congreso el ayuntamiento de la ciudad; es la «Escuela de Astorga».

Este congreso será en el futuro una referencia obligada para todos los interesados en conocer los entresijos de aquella aventura juvenil de cuatro literatos que, con el paso de los años, lograrían un lugar significativo en las letras españolas.

Los hermanos Panero

Las dos primeras ponencias del congreso, a cargo del crítico y profesor Santos Alonso y el escritor Victoriano Crémer, se centraron en la figura de Juan y, sobre todo, Leopoldo Panero.

Santos Alonso incluyó a los hermanos Panero en la «Generación del 36», con los Celaya, Hernández, Rosales, Vivanco, Ridruejo, Valverde y José Luis Cano. Encontró en Juan Panero marcadas influencias del romanticismo más emblemático, sobre todo del venerado nombre de Bécquer.

Leopoldo, que había comenzado en su juventud con el vanguardismo, mostrará en su obra una mayor tendencia hacia la espiritualidad, «en una comunicación constante con Dios y la trascendencia». Definió su poesía como «de sentimientos, de humanización existencial». Finalizó analizando las conexiones de los poetas de la

«Escuela de Astorga» con otros poetas leoneses como Crémer, Colinas, Pereira, Eugenio de Nora o Gamoneda.

Emotiva fue la ponencia de Victoriano Crémer, que abrió con una cita de Jesús Hernández en la que se extraña que en tiempos de guerras alguien se acuerde de los poetas. Habló, sobre todo, de su amigo Leopoldo Panero de quien también señaló que «no puedo evitar evidentes muestras de coincidencia con Rosales o Bousoño». Recordó el poeta sus viajes -con los de Espadaña- hasta Astorga para hablar de las afinidades poéticas y las identificaciones humanas que tenía con Leopoldo, «ante todo un hombre desprendido». González de Lama -afirmó Crémer- invitaba a leer a Panero, pues en su obra «hombre y forma componen una unidad equilibrada. No es fácil encontrar tan alta madurez».

Finalizó disculpándose por su olvido de los otros miembros. Luengo, «historiador y magnificador de historias»; Gullón, «grande y acogedor como un árbol tutelar» y Juan, «exuberante batallador contra sus mismas medidas líricas».

Nora reivindicó la poesía de Alonso Luengo

Los leoneses Eugenio de Nora y Antonio Pereira presentaron sus ponencias por la tarde. De Nora, casi paisano de los de la «Escuela», habló de las conexiones de éstos con los movimientos literarios contemporáneos. Reivindicó la obra poética de Alonso Luengo, «que es poco conocida e, incluso, buena parte está inédita pero tiene un valor incalculable. Su poesía -afirmó- no está tan imbuida de corrientes novedosas como la de sus compañeros pero su calidad está fuera de toda duda».

Antonio Pereira, breve como sus relatos, hizo una visión de Astorga y su «Escuela» desde «el rapaz villafranquino que yo fui. Admirábamos allí los movimientos literarios de esta ciudad incluso más que los de la capital de la provincia».

Recordó cómo conoció a Leopoldo Panero un invierno en Astorga, por los años 40, en unión de los de Espadaña. «De aquella reunión lo que más recuerdo es su voz, aquella manera que tenía de decir sus versos. Nos dejó entrever a su hermano Juan, a través de un poema que se llama "Adolescente en sombra". Me ofreció su amistad y me arrepentí de no haberla cultivado más, quizá pensando que habría tiempo y, por desgracia, no lo hubo».

Mantuvo una entrañable amistad con Ricardo Gullón, que comenzó por carta «y tratándonos de usted cuando él vivía en Estados Unidos». Antonio Pereira estuvo con Gullón la noche anterior a su muerte, «me habló de proyectos para los próximos diez años. El proyectaba todo como si fuera a vivir eternamente». Similar amistad la sigue manteniendo con Luis Alonso Luengo.